

Esta y no otra es la causa de estos «Estudios.» Escritos en épocas distintas y con diversos motivos, eran como demostraciones aisladas y parciales de esta tésis. Reunidos en un solo volumen bajo el lazo de unidad de la filosofía que los informa, son la mas completa refutacion de las acusaciones conocidas, y la mas absoluta confirmacion de la urgencia y necesidad de la solucion Tomista para el problema filosófico.

Si la mas imperiosa y terminante consigna no cerrara el camino á nuestra pluma, tosca y pesada como es, volaria con vuelo fácil en pos de sólidos comprobantes á través del análisis de estos «Estudios.» Pero enfrenada de antemano tiene que resignarse á señalar sucinta, ligeramente, y como de pasada, el punto en que cada «Estudio» se relaciona con el lazo general que venimos señalando desde el comienzo de este prólogo.

Varios son los «Estudios» que componen el presente libro, distinto el método y el estilo, en que se desenvuelven, como distintas las publicaciones que los dieron á luz, y para cuyas páginas fueron escritos. Palpitantes de actualidad, como arrancados por la necesidad á la pluma, todos vieron la luz en el momento mas recio del combate, y dicho se está que como pro-

yectiles de guerra fueron encaminados á herir en el corazon de las mas contrarias escuelas que luchaban sobre las mas controvertidas y transcendentales cuestiones, como los mas importantes puntos estratégicos y los mas reñidos campos de batalla. Esto no obstante, el dogmatismo lógico, la esposicion clara y la refutacion razonada, hacen de ellos obras de doctrina mas que de lucha, cuyo interés no menoscaba el triunfo ó la derrota, y hé aquí por qué se consideraron dignos de pasar del elemento transitorio de la revista y del folleto al permanente del libro, lugar propio de trabajos de índole seria y de científica naturaleza.

La filosofía de la Historia, la inmortalidad y finalidad del alma humana, el problema filosófico-social, la ciencia económica, constituyen el índice de los estudios filosóficos y sociales, y el catálogo de esas debatidas cuestiones, asunto de casi todas las polémicas y tema obligado de la mayor parte de las discusiones en las revistas y academias de nuestros dias; el espantoso fenómeno de los temblores de tierra, azote de la asiática ciudad de Manila y de nuestro archipiélago filipino, es el tema del concienzudo quanto curioso estudio científico, cuya oportunidad confirman triste-

mente los escombros y ruinas aun no del todo desaparecidos de las pasadas catástrofes; y los apuntamientos acerca de una biblioteca de teólogos españoles, necesidad teológica y literaria, por todo amante de la patria y de la Religión sentida, la demostración del dogma de la infalibilidad cuya declaración constituye el suceso de mayor trascendencia en el orden religioso de la edad contemporánea, y el objeto de la más ardiente y apasionada controversia entre eruditos canonistas y teólogos, habida en este siglo, forman con la apología del saber y de la santidad de Santo Tomás de Aquino, el de los Estudios Religiosos; si bien esta distinción no es del todo perfecta, pues solo atiende al elemento que principalmente en cada uno de ellos domina, que dicho se está que en todos resplandece la luz de la verdad católica, que todos filosóficamente se desarrollan, que todos el progreso y la perfección social procuran, y todos por igual manera se encaminan á la mayor honra y gloria de Dios sobre la tierra.

El Estudio acerca de la « filosofía de la historia, » tan preconizada cuanto desconocida ciencia, es un estudio verdaderamente necesario ante los diferentes trabajos del racionalismo contemporáneo. En él se

asientan los inmutables fundamentos y los dos elementos permanentes de la ley histórica, tales como allá en el siglo IV de nuestra era fueron señalados en aquella mística « ciudad de Dios » por aquel monstruo de la inteligencia que se llama Agustín, por el ilustre Obispo de Hipona, restaurados en su integridad, un tanto menoscabada por insignes ingenios en su parte humana, y del todo desfigurados por algunos sabios en su parte divina. En él se citan, emplazan, juzgan y condenan los diversos y trascendentales errores introducidos por los distintos pensadores de las diferentes escuelas filosóficas, que se ocuparon en señalar las leyes de esta, impropriamente por Vico, denominada « Ciencia nueva, » y en él reducida á su propia esfera, justos límites y naturales condiciones se demuestra su posibilidad, se reivindica su acción, se señalan sus amplios y legítimos desarrollos y aplicaciones, poseisionándose, por último, de ella en nombre de la revelación y trazando desde las alturas de los dogmas que como la caída, la redención y el destino humano, tan estrecha relación tienen con la historia, líneas de luz que marcan en lo pasado y que señalan en lo porvenir el plan divino en la historia, que brota al contacto de los principios con los hechos como el resultado de las

acciones de la libertad humana, determinadas por la accion suprema de la Providencia divina.

Quizá los que se forjaron allá entre las ilusiones de su mente la idea de una ley única y eterna, cuya fórmula conocida *à priori* nos diera de antemano la vision profética de la Historia, no quedarán satisfechos con la ciencia tal como aquí se determina; pero el pensador profundo, acostumbrado á desenmarañar el hilo de los sucesos en la intrincada madeja histórica, recogerá seguramente con utilidad y con placer estas sencillas leyes cuyo conocimiento y aplicacion así facilitan la investigacion de las verdaderas causas y efectos de la Historia.

El estudio de la «inmortalidad del alma y de sus destinos,» refutacion de una teoría krauso-espírita, demuestra, despues de asentar la naturaleza imperecedera del alma, su libertad propia y las penas y premios consiguientes á esta libertad, como en el fondo de esa filosofía tan calumniada existian ya há largos siglos no solo proposiciones completas, sino completas y acabadas refutaciones de los errores y absurdos que ahora son capa de novedad, encubren lo decrepito de su constitucion, siendo en el fondo cadáveres exhumados del panteon de la historia de la filosofía.

Respecto al «positivismo materialista,» exposicion

exacta de los errores que con este nombre se califican, de las causas que los produjeron, de las conclusiones que encierran, es aunque por su naturaleza, filosófico, un estudio social, si se atiende á lo inmediato de la aplicacion que de las negaciones en la ciencia á las negaciones en la sociedad hace esta escuela. Pero si bien con una mano señala el verdadero gérmen de esta enfermedad social cuanto filosófica, indica sin vacilacion el remedio pronto y seguro filosófico y social con la otra. No mas vacilaciones, no mas escaramuzas con armas de corto alcance y débil temple. Contra este comun enemigo de la razon y de la fé, de la libertad y de la justicia, de Dios y del hombre, son menester armas á toda prueba que ni se doblen ni se rompan; y estas armas, como prácticamente demuestra el mismo estudio, no pueden ser otras que las armas de la filosofía cristiana por escelencia, de la filosofía de Santo Tomás, mas ó menos desarrollada.

La «economía política y el cristianismo,» artículos de revista en que brevemente se trazan los verdaderos caracteres de la economía política, indagando su origen, algo mas antiguo de lo que pretenden sus modernos discípulos, sus conclusiones esenciales, sus extravíos y errores en los diferentes sistemas que la divi-

dieron, lo necesario de su armonía con la religion, so pena de conducir á la degradacion y á la miseria, á la par que refutacion de los principales errores en que incidentalmente incurrieron las escuelas, pueden considerarse como una página mas en esa obra de economía cristiana llevada á cabo por los sabios profesores de Lobaina y por los ilustres predicadores de Nuestra Señora de París en sus célebres cuanto magnificas conferencias.

Los «temblores de tierra,» trabajo en el que la observacion, combinada con los principios cosmológicos de la escolástica, pugna por encontrar las causas de esta tremenda plaga, pendiente siempre sobre la cabeza de los moradores de nuestras posesiones en Asia, es la mas fehaciente prueba, no solo de que no embarazan al método espermental las nociones superiores fundamentales de la física escolástica, sino que, antes por el contrario, sirvenle como de norma y de guia para no estraviarse y perderse en los delirios de los mas extravagantes sistemas. Las elevadas consideraciones de la filosofía y de la religion cristiana que realzan esta observacion y estos principios, señalando á través de las causas segundas aquella primera causa que incesantemente crea en cuanto incesantemente

conserva, es como el grito de alerta al espiritualismo, aletargado entre la «fuerza» y la «materia,» á la vez que bálsamo de consuelo y de esperanza para los hijos de aquel hermoso pais, expuestos siempre á ver desaparecer sus mas importantes ciudades en uno de esos cataclismos que la ciencia registra con el nombre de terremotos, y que no por ser debidos á causas naturales dependen menos de la suprema voluntad de Aquel que con su mano poderosa rige y gobierna el universo.

Los apuntamientos acerca de una «biblioteca de teólogos españoles» viene á ser como un llamamiento á las fuerzas inteligentes vivas de nuestro pais, miserablemente consumidas en intestinas discordias, para que ante el recuerdo de aquellos ilustres y piadosos varones (en su mayor parte Escolásticos), honra de la España católica, olvidando rencillas, restauren nuestras glorias, poniendo así de relieve cómo nuestra política grandeza coincidió con nuestra grandeza religiosa, como el efecto con la causa, induciendo por indirecta manera á buscar entre el polvo de nuestros archivos algo de aquel germen de vida que nos hizo tan admirados y temidos en los mejores dias de la monarquía española.

El estudio acerca del dogma de la «infallibilidad,» escrito en aquellos solemnes momentos en que el im-

prudente y amargo celo de los unos, era ocasion y motivo para las vacilaciones ó necias declamaciones de los otros, dando así lugar al extravío de algunos, es la demostracion mas racional y evidente de este dogma augusto, tan desfigurado por los que pretenden combatirlo sin conocerlo. ¡Arma suprema! conque Dios ha armado el brazo de la Iglesia con prevision divina momentos antes de consumarse por completo esa obra de iniquidad que constituye al presente la opresion, la rapiña y la persecucion violenta de la Iglesia.

Pero si oportuno apareció este estudio en relacion al dogma que defendia, si oportunamente tambien apareció vindicando nombres ilustres, glorias de la religion y de la patria ante los apasionados cuanto imprudentes ataques de una crítica estraña, en que la osadía corria parejas con la ignorancia, mas oportunamente demostró sin duda la imperiosa necesidad para la misma teología de volver necesitada y amorosa los ojos á aquellas abandonadas fuentes de la teología escolástica que informada por la escolástica filosofía defendia con harto mayor lustre y gloria y esplicaba con mas grandeza y profundidad los altísimos dogmas de nuestra religion sacrosanta.

La sublime figura de Santo Tomás, evocada del

fondo de la tumba para defender con su fallo el dogma declarado por el concilio Vaticano, es como el primer vagido que tras largos años de sepulcral silencio dá á la vida de la ciencia en España la órden española de Santo Domingo de Guzman, heredera de la gloria que conquistaron Melchor Cano y los Sotos en la augusta asamblea de Trento y anhelante de que el «*Sol de la iglesia*» ilumine siempre con los esplendentes fulgores de su luz las supremas decisiones de los concilios generales de la Esposa de Cristo.

Un discurso científico á la vez que una oracion religiosa, cierra y corona este edificio literario con hermoso coronamiento y remate. Demostrar que la contemplacion altísima de las verdades de la fé, que el estudio de los problemas de la filosofía y el análisis de las cuestiones de moral, no agotan, antes bien acrecen los manantiales fecundos donde toma su fuerza y su vigor la fantasia, que la filosofía escolástica al reducir á sus justos límites á la imaginacion, esa perpétua enemiga del filósofo «la loca de la casa» cuyo predominio sobre el entendimiento viene siendo la causa de la mayor parte de las aberraciones filosóficas; no apaga por eso sus luminosos destellos, antes ilumina y colorea con sus cambiantes las verdades abstractas que con-